

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL CONGO BELGA

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



DIRECCIÓN:

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»  
Ayala, 3. — BILBAO

Capilla Altronsina  
Biblioteca Universitaria

48020

BV3625

CG

T7

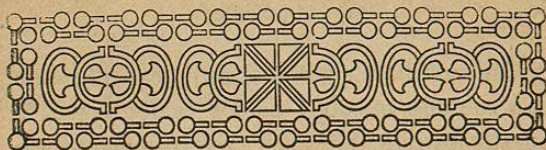
1889

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Imp. del Corazón de Jesús, Muelle de Marzana, 7



Monseñor, <sup>(1)</sup>

SEÑORAS, SEÑORES:

**D**ESDE hace veinte años que las circunstancias de mi vida me han proporcionado el honor y la dicha de hablar a mis compatriotas, en muy diversos auditorios, pero cuya benevolencia siempre me ha dejado profundamente reconocido, he recorrido muchos caminos, buscando por todas partes la verdad útil, el pensamiento generoso, la aspiración del alma hacia el cielo, como se busca la flor olorosa y fina al pie de los setos, bajo la cubierta de los árboles, y a veces en el fondo de inextricables y fangosos jarales.

(1) Monseñor Van den Bossche, Arzobispo de Agra.

011967

Caminos hay, sin embargo, que siempre me han causado miedo y en los cuales jamás he puesto los pies; tales son esos caminos tortuosos, sembrados de lazos, obstruidos por zarzas y espinos, sombreados de matorrales nudosos de mil ramas entrelazadas y siniestras, por donde se deslizan, ondulantes y pérfidas, las serpientes de la política.

¿Voy a separarme de esta prudente conducta?... ¿Voy a lanzarme a aventuras, cuando se halla tan cerca el término de mi carrera? Después de haberme mantenido tan fielmente en las serenas regiones de la ciencia y de los pensamientos religiosos, ¿voy a descender a esas batallas de la llanura, a esas querellas de un día, en las que hombres que van a morir se disputan bienes que fenecen?

No, Señores.

Me propongo hablaros de esa vasta tierra africana, ya gloriosa por tanto heroísmo y por tantas grandezas, derramadas allá a manos llenas por nuestros oficiales, nuestros exploradores, nuestros misioneros y nuestras religiosas; y ¡ay! enrojecida ya también por tanta sangre belga en ella derramada.

Voy a hablaros de su pasado y de su porvenir, y sobre todo de esos pobres negros, de esas almas congoleas, con las que tan capri-

chosamente se juega en los cálculos de nuestros comicios electorales.

Y lo hago a petición instante y unánime de nuestros misioneros que han partido generosamente hacia esas regiones lejanas para plantar en ellas la Cruz y sembrar el Evangelio... Su corazón, Señores, se aflige y su alma se angustia cuando les llega el eco de los discursos que por aquí se pronuncian, cuando ven con qué ligereza de corazón se juega el porvenir de aquellas almas, por las cuales han dado ellos su vida, y se apodera de ellos la impaciencia al pensar que la suerte de aquellos infelices se halla entre las manos de aventureros de bufete y de pluma.

«Defendednos, pues», me han dicho en sus cartas, y yo voy a tratar de defenderlos.

¡Ah! ¡qué dicha es la mía de poderlo hacer ante Vucencia, Monseñor! Mil veces mejor que mis palabras, vuestra presencia en este sitio va a predicar el heroísmo, las grandezas, los sacrificios, y todos los generosos pensamientos que elevan el alma a regiones superiores a las bajas llanuras en que nosotros nos arrastramos. Por la misma causa, la causa de Cristo, habéis afrontado Vos ese sol devorador de la India; como ellos, no habéis tenido Vos en nada vuestra

sangre y vuestra vida. Más dichosos ellos que Vos, se ven abrigados por la bandera de la patria que en sus pliegues les lleva el perfume del país y el sabor de la tierra natal. ¿Se les irá a despojar de este último bien que les queda?... Ahí está la cuestión... porque en realidad en eso viene a resumirse lo que se ha llamado: la cuestión del Congo.

Esta cuestión es a la vez económica, social y religiosa, y me propongo examinarla bajo estos tres aspectos, de valor por otra parte bien desigual.

También es política, me diréis; pues bien, bajo ese aspecto no quiero examinarla; me obstinaré en no mirarla por ese lado negro. Y esto me será tanto más fácil, cuanto que se buscaría en vano con qué título ha podido deslizarse en ella la política... A menos que no se haya querido sobre ese tablero del mundo, como en el tapete verde de los salones de juego, dar jaque al Rey.

Diréis que he escogido mal mi hora; que no es ocasión oportuna... que la muerte desde hace algún tiempo se ceba demasiado en descargar allí terribles golpes; que allí troncha multitud de cabezas, tan jóvenes aún, tan valientes y

tan llenas de halagüeñas esperanzas... Que esas muertes, de que se habla repetidamente y a porfía, descritas por toda la prensa con acentos de horror y desesperación trágica, espantan a las almas y lastiman el corazón.

Sí, ya sé yo que la muerte infunde miedo... ¿Pero juzgaríais valiente al soldado que en la batalla retrocediese, cuando junto a él caen uno en pos de otro sus compañeros!... Fría y bravamente las filas de otros avanzan y llenan los huecos, y en pie, alrededor de la bandera, yérguese la falange de los gloriosos.

Las grandes almas no se pliegan ni retroceden ante la fortuna adversa; se mantienen firmes hasta dominarla.

Pimodan había caído en Castelfidardo bajo las balas italianas; cuando se anunció la triste nueva a su esposa, desgarrósele todo su corazón, y se desplomó en tierra como una masa inerte... Lago tiempo permaneció silenciosa, con los ojos extraviados, sobre el sillón en que se la colocó; luego, tras de un suspiro, empezaron a correr sus lágrimas y a oírse sus sollozos... Vió claramente su amor muerto, su vida y todas sus esperanzas derrumbadas con aquella sangre vertida allá lejos, con aquella sangre que era su sangre!... Pues bien, viéndola llorar su hijo pequeño, se había acercado a ella; trataba

de subirse sobre sus rodillas para consolarla y beber sus lágrimas con los dulces besos de niño... Cuando ella sintió en sus mejillas el contacto de aquellos labiecitos, se estremeció, se levantó ligera, y besando apasionadamente a aquel niño, al hijo del muerto, le levantó en alto, muy alto, con aquel grito de matrona romana: «¡Pues bien, a pesar de todo, tú también serás soldado!»

Allá, en el tiempo en que nuestros maestros, con un celo muy mal recompensado, nos enseñaban geografía, mostrábonsese ese inmenso continente africano, mordido en todos sus bordes por los exploradores y comerciantes; conocido desde entonces en aquella estrecha banda de diversos colores que la circuía, más ancha al norte, porque por esta parte se aproximada a Europa y era prolongación de los Lugares Santos, pero a corta distancia y repentinamente limitada por el inmenso vacío del medio: «Sahara, gran desierto, regiones inexploradas!»... «El interior de esta región del mundo, dice un viejo atlas que tengo a la vista, aún no es conocido. Ninguna nación moderna la frecuenta».

Y los geógrafos apenas se cuidan de él; marcan en las costas las desembocaduras de los

ríos y trazan a capricho hacia el interior una línea ondulada que debe marcar su curso.

El Nilo, sin embargo, los inquieta... ¡ah! ¡las fuentes del Nilo!

Ved el mapa con que Livingstone acompaña, en 1859, la relación de sus exploraciones en el África central: al Norte de su itinerario, que va casi en línea recta, de Benzuela a Quilimane, con un ramal a las cataratas Victoria, no se ve más que la mancha siempre blanca de lo desconocido.

Burton, Speke, Grant, Baker, Cameron, hacen allí atrevidas exploraciones y reconocimientos, pero aislados y sin trabazón.

Tenía razón Stanley, cuando, después de haber encontrado a Livingstone, volvió allá por segunda vez, en llamarle todavía el continente misterioso.

Sucedía esto en 1874, es decir, hace veinte años (1).

Pues bien, mirad hoy día un mapa moderno... En toda la extensión de ese vasto Estado del Congo belga que se extiende del 4.º grado de latitud Norte al 10.º de latitud Sur, y del 12.º al 30.º de longitud, en ese Estado cuya superficie de cerca de dos millones de kilómetros

(1) Cuando el autor pronunciaba esta conferencia.

cuadrados contendría cuatro veces la Francia y sesenta y seis veces la Bélgica, todo ha sido explorado y estudiado con un valor y un ardor que nunca han desfallecido. Seguid la complicada red de las líneas que marcan las marchas y contramarchas de esos bravos exploradores, que han seguido allá, bajo un sol que los abrasaba y por entre bosques de maleza y rocas y peñascales que les desgarraban los pies, el glorioso camino de los descubrimientos, leed en la parte superior sus nombres. Casi todos son nombres belgas: Becker, Cambier, Chaltin, Coquilhat, Crespel, Delcommune, Descamps, Dhanis, Fiévez, Jacques, Junker, Hodister, Iwens, Lemaire, Le Marinelle, Liénard, Ponthière, Popelin, Van Gele, Van Kerkhoven, Van de Velde, Stairs y Storms.

Conducidos y dirigidos desde arriba, con unidad de miras y de plan, y con una inquebrantable persistencia de voluntad, estas exploraciones han entregado al mundo los secretos de ese continente negro, y lenta y pacientemente han escrito sobre la descripción del globo una de las más bellas y más gloriosas páginas de la geografía.

Reconoceréis, Señores, que aun cuando debiéramos concretarnos puramente a ese resultado científico, sería ya un gran honor para nuestra patria el haberlo conseguido.

Pero no insisto más en esto... Nuestro siglo tiene para las cosas de pura ciencia mucho amor, no lo dudo, pero puro, purísimo amor, enteramente platónico.

Prosigamos.

En su segunda expedición había descendido Stanley desde el lago Tanganika hasta el mar por un río singular, inmenso, que tiene su curva, como en son de desafío, a través del continente negro... gigantesca vena que baña por veinte ramales, tan poderosos a su vez como nuestros mayores ríos, toda aquella África central, y va a arrojar sus aguas por un colosal estuario en las ondas del Atlántico. Maravillado ante aquel espectáculo, se abate su orgullo americano, y escribe: «Nuestros patriotas americanos en su admirable lengua cantan la magnificencia de la naturaleza en las regiones del Mississipi. Por mi parte yo no he visto de Belise a Omaha nada que se acerque a lo que aquí veo. Paso revista a mis recuerdos del Indo, del Ganges, del Iraouaddy, del Eufrates, del Nilo, del Niger, del Amazonas, y nada sobrepuja al incomparable río Congo, deslizándose entre los bosques solitarios que tapizan las cumbres de las colinas que terminan en sus márgenes y los flancos de

las gargantas coronados con los resplandores del sol de África».

Uno de nuestros hombres políticos de más viso que la ha remontado aunque no mucho, sólo de Boma a Matadi, describe así su encanto:

«Mis ojos y mi pensamiento están enteramente reconcentrados en el paisaje. El río tiene la tersura y el color del cristal mate; sus aguas batidas por la hélice se reflejan en el cielo nuboso que las convierte en perlas irisándolas maravillosamente. Se diría que era un hermoso lago sabiamente sesgado entre riberas empenachadas de esplendores silvestres. Por todas partes islas y golfos, contornos suavemente redondeados, una vegetación continua y opulenta, sin una mancha de avidez, sin un hoyo de desmonte. Los árboles no son altos, no tienen la belleza de nuestros bosques wagnerianos de hayas sino la novedad, para nuestros ojos, de la vegetaciones ecuatoriales. Cuando tocamos las riberas bañan las abundosas palmeras en las aguas los haces de sus hojas; y esas plantas de invernadero, aquí tan numerosas, aumentan la impresión de que se está contemplando un gigantesco dominio real expresamente cultivado para recreo de la vista».

Al lado de esas impresiones enteramente poéticas, permitidme ahora consignar algunos datos

estadísticos; su precisión en nada disminuirá la grandeza del cuadro.

El curso total del Congo pasa de cuatro mil kilómetros. Su configuración en curva hace que tengan origen lo mismo sus fuentes que las de sus afluentes principales en toda la extensión del Estado.

Desde el mar hasta Matadi, en una extensión de ciento ochenta kilómetros, la remontan los buques marítimos. Los vapores que hacen el servicio entre Amberes y Matadi registran hasta tres mil quinientas toneladas... Sucede de cuándo en cuándo que encallan en algún bajo en los malos pasos, unas veces a la entrada del Congo, y otras, no lo olvidemos, Señores, a la entrada del Escalda, entre Flisinga y Amberes.

Al desembocar en el mar, su anchura entre Banana al Norte y Shark-Point al Sur es de once kilómetros.

Entre Matadi y Stanley-Pool, en un recorrido de trescientos kilómetros, desciende doscientos ochenta metros por medio de treinta y dos cataratas llamadas de Livingstone.

De Stanley-Pool a Stanley-Fall, parte media de su curso, se desliza suavemente, a través de una inmensa llanura horizontal, durante mil seiscientos kilómetros, explayándose en una anchura que varía de diez a treinta kilómetros.

Veinticinco buques de la marina del Estado y dieciséis pertenecientes a particulares hacen en ese trayecto el servicio regular de trasportes y correspondencia.

Los Stanley-Fall, en número de siete, son el último obstáculo que encuentra el viajero... Después el hermoso río asciende dulcemente hasta llegar a sus fuentes en el lago Banguelo, y recibir por el Loukouga el enorme tributo del lago Tanganika.

Agregad a este soberbio río sus afluentes de la derecha, al norte, el Oubanghi y el Ouellé, que corren por toda nuestra frontera, y su afluente de la izquierda, al sur, el Kasai. Tened en cuenta que el Oubanghi, al desembocar en el Congo, tiene diez kilómetros de anchura... Añadid veinte lagos, muchos de los cuales son verdaderos mares interiores, y reconoceréis que ninguna región del mundo posee una red tan rica y tan admirablemente dispuesta para el servicio de cambios y transportes.

Y ese país es de una riqueza y de una fertilidad exuberante. M. Ed. Dupont, el Director del real Museo de historia natural, después de haberle visitado en misión científica, resumía sus observaciones en esta sola expresión: «Hay

allí inmensos recursos naturales que sólo esperan ser explotados».

Si lo dudáis, ved el análisis detallado que de sus productos expuestos en Amberes ha hecho el teniente Lemaire.

Y ese país está poblado. Cuenta de veinte a veinticinco millones de negros, ávidos como niños de los productos de Europa.

¿Veis ya surgir al punto la cuestión bajo su aspecto comercial y económico?

Bien presto llamó la atención en vuestro país... Desgraciadamente la fortuna no nos ha mimado cuanto queríamos; queríamos que las codornices que nos caen del cielo, vinieran ya fritas, y las codornices que nos vienen de allá, no están ni siquiera desplumadas.

La importación y la exportación se hallaban desgraciadamente sujetas a multitud de trabas a lo largo del hermoso río, por las cataratas de la parte inferior de su curso... era preciso, en toda la extensión de las caídas, recurrir a los cargueros... descargar en Matadi, confiar los bultos a lentas carabanas, para volverlos a cargar en Leopoldvilla, donde los vapores de la parte superior del río continuaban entonces libremente su camino. Esto era oneroso, lento, de mucho gasto y sin porvenir. Se imponía una solución sencilla, elemental, evidente: el ferrocarril.